



De la mar, el mero

Ignacio Sardiñas Sánchez y María Luisa Santiesteban Corral

Y *o voy a por el mero, tú acuérdate de los piñones y las pasas, que te pongan 50 gramos de cada..., luego nos vemos en donde las verduras", le dijo la anciana a su también anciano acompañante. Cruzaron entre los puestos del mercadillo y entraron con paso lento en el mercado.*

LA ISLA

Había caído la noche y el mar frente a él aparecía como una enorme mancha negra, Cristino salió de la cueva y, haciendo presa en los salientes que se conocía de memoria, trepó hasta lo alto del

acantilado. Permaneció unos segundos agazapado entre los matorrales al lado de las ruinas, y emprendió el camino bordeando la construcción que estaba situada en lo alto de la isla. Con sigilo, empezó a descender por el serpenteante sendero procurando no hacer ruido alguno. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y sabía dónde debía pisar. Caminó sin incorporarse del todo, y parando cada unos cuantos metros, para comprobar que el único sonido que oía era el de su propia respiración y el del viento agitando las plantas de la ladera.

Poco antes de llegar a la cala donde estaba el pequeño puerto, se detuvo de nuevo para asegurarse de que no había ninguna embarcación en las proxi-

midades y, moviéndose pegado a las construcciones cercanas al muelle, bajó hacia éste. Sin apenas hacer ruido, se introdujo en el agua, que estaba bastante fría, y empezó a nadar con decisión en dirección a la costa, que se divisaba enfrente a menos de un kilómetro, sin perder de vista las luces del pueblo.

Había una considerable corriente, pero Cristino era un buen nadador desde su infancia y llevaba mucho tiempo haciendo aquel recorrido nocturno. Ya no notaba el frío del agua y sus músculos habían entrado en calor con el ejercicio. En un momento se desvió hacia la derecha y continuó nadando con decisión.

Al cabo de un rato divisó los pinos que rodeaban la cala hacia la que se dirigía. Paró unos instantes y tras comprobar que no había moros en la costa, enfiló hacia la rocosa playa procurando ir lo más pegado a las rocas situadas a la derecha de la misma, para acabar saliendo del agua protegido por las sombras de las piedras.

Descansó unos instantes de su singladura, para recuperar el aliento, y sin dejar el amparo de las sombras emprendió el camino por el bosque que conducía hacia el pueblo. De las ventanas de algunas casas salía luz, que indicaba que los vecinos aún permanecían despiertos, Cristino se agachaba entonces y continuaba su trayecto procurando que sus pasos fueran totalmente silenciosos.

Se detuvo junto a la puerta de una casa de la que no salía luz alguna, golpeó suavemente la ventana que había al lado de la misma. Instantes después, la puerta se entreabrió discretamente, y Cristino entró en la casa. La puerta se volvió a cerrar sin hacer ruido alguno.

Aún no había empezado a amanecer, cuando la puerta se abrió de nuevo con el mismo sigilo que horas antes lo había hecho, Cristino salió y confundido entre las sombras de la noche empezó a desandar el camino, bajó hasta la cala, se introdujo en el agua y empezó a nadar hacia la isla que apenas se distinguía en la oscuridad de la noche, pero cuyos faros marcaban sus límites.

Llegó a la pequeña cala rocosa del puerto, salió del agua y ascendió por el sendero que le conducía hasta lo alto de la isla con la misma cautela que ha-

bía empleado en todos sus movimientos desde que saliera de su escondite.

Para cuando empezó a clarear el día, Cristino ya había culminado su ascensión, descendido por el acantilado y vuelto a su cueva con vistas al mar. Por fin pudo descansar, se tumbó en su lecho de plantas con un gesto de felicidad en el rostro, rebuscó entre los papeles de la caja metálica, y se puso a leer, "...y oyeron los gritos que lanzaban Cabrit y Basa en el castillo de Alaró cuando a manos de Alfonso de Aragón...", se durmió profundamente soñando con el imponente castillo sobre la roca, los bravos defensores, su asedio y los olivos de Vallde-mosa, mezclados con el sonido de las gaviotas y el mar. Lo había logrado de nuevo.

EL PESCADOR

Jeroni se acercó hasta su llaüt fondeado a escasa distancia de la orilla en Es Geperut. Comprobó meticulosamente los aparejos. El mástil, la antena, la vela, drizas y cabos, timón y caña, el ancla de fondeo en su cofa de esparto, y su pequeña cesta de palmito para el cebo. Era sin duda un buen llaüt, había sido anteriormente de su padre y lo había construido uno de los grandes mestres d'aixa de la zona, y eso se notaba. Casi se sentía más cómodo sobre él que pisando tierra firme, la cual le daba una sensación algo incómoda por su extrema rigidez y nulo balanceo. Repasó los aparejos de pesca, sedales, anzuelos, cesta de mimbre. Dado lo que pensaba capturar, comprobó también que la red de hilo de su rai estuviera en perfecto estado pese a que la había repasado pocos días antes y comprobó que el corn estaba en su sitio. Sólo le quedaba bajar, antes de zarpar, su botija de pescador con agua fresca para la larga noche que le esperaba, su cesta con la comida y la bota de vino.

Cuando hubo terminado la faena, con la calma propia de un ritual, procedió a liarse un cigarrillo de picadura mientras observaba la mar y la silueta de la isla recortándose en el horizonte. Dio un par de caladas al cigarrillo y sacó de su bolsillo un papel cuidadosamente doblado. Lo desplegó y se puso a releerlo meditabundo. Quedó un rato pensativo

mientras acababa el pitillo, tiró la colilla y emprendió el camino de vuelta hacia las empinadas calles del pueblo, tras echar un último vistazo a su llaüt, que parecía mirarle a través de sus imbornales. Miró hacia la colilla tirada en la arena y vio unas huellas de pisadas que discurrían desde la orilla rodeando las piedras de la cala en dirección al pueblo. Alguien debe de andar en el contrabando, pensó. Pero no le dio mayor importancia, pues sabía desde siempre que esas cosas no eran asunto de los que no andaban en ellas y se dijo para sí, no seré yo la paloma que muera por aprender a cantar. De la que empezaba a subir por la calle del pueblo se cruzó con su amigo Xisco que bajaba hacia la cala. "Uep Jeroni, ¿vas a ir luego a C'an Joan?" "Uep Xiscó, Idó, allí nos vemos a la tarde", le contestó. Un poco más arriba se cruzó con la Antonia que bajaba con su cesta hacia el colmado; se saludaron brevemente y cada uno siguió su camino. Jeroni entró en su casa, justo encima de las casetas donde guardaban los llaüts en invierno. Era pequeña, pero desde la ventana de la cocina tenía unas vistas que abarcaban todo lo que necesitaba ver, hacia el sur Es Pantaleu y la costa, enfrente, el mar y la isla con su escarpada silueta recortada contra el cielo. Jeroni cortó la berenjena en rodajas y la cubrió de sal dejándola en un plato al lado del fregadero. Peló las patatas y las troceó con cuidado de que tuviesen el grosor exacto; cuando hubo acabado, pasó por harina las rodajas de berenjena y las frió retirándolas del fuego cuando le parecieron suficientemente hechas. A continuación frió en la sartén las patatas con el mismo aceite, mientras troceaba los pimientos en tiras a lo largo. Sacó las patatas y las saló, echando a continuación los pimientos con los que siguió el mismo procedimiento. Había picado mientras tanto la cebolla y el tomate, que echó a la misma sartén, cuando hubo terminado de freír los pimientos. Espachurró esta última mezcla y empezó a colocar capas de todo lo cocinado en una cazuela de barro. Cuando terminó, aspiró el aroma de la cazuela, se fue hasta la pequeña mesa cubierta con un mantel de hule a cuadros que había en la cocina, y sacando del cajón un tenedor se dispuso a comerse su tumbet.

EL COLMADO

Era una tienda pequeña, con un mostrador y una antigua balanza para pesar. La dueña, tras el mostrador, anotaba en un trozo de papel de estraza, del que empleaba para envolver los productos, en el que hacía las cuentas con un lápiz desgastado cuya punta mojaba con la lengua a cada nueva suma. Tras ella colgaban unas sobrasadas. En otro estante estaba el queso y un poco más cerca del mostrador los panes. Un gran frasco de cristal contenía las aceitunas nadando en salmuera.

"Purísima", dijo Antonia al entrar en la pequeña tienda de madó Catalina, a lo que ella contestó con un desganado "tenga". Junto al mostrador estaba madó Margalida, la inseparable amiga de la dueña del colmado que pasaba allí sus horas muertas y aprovechaba para enterarse de todo lo que pudiera interesarle, que era cualquier cosa susceptible de ser comentada con su amiga. Antonia empezó a hacer su pedido. Un cuarto de queso, media sobrasada, aceite, un pan y unas olivas. Una vez le hubo servido el pedido, Antonia prosiguió, "a ver madó Catalina, me va poner también un manojo de acelgas..., y esa col pequeña que tiene ahí..., unas cebollas tiernas..., sí así basta..., y unos pimientos verdes de esos que tiene ahí..., ah, y un par de tomates también..., y déme un poco de perejil". Catalina iba envolviendo el pedido en cucuruchos de papel de estraza antes de pesarlo, aunque dada la precisión de la báscula igual le hubiera dado envolverlos con plomo, cuando hubo terminado de hacer sus cuentas, le preguntó a Antonia, "¿y ajos, no quieres?", "no, aún me quedan, gracias madó Catalina", le contestó Antonia, "de res", replicó la tendera.

Antonia era una mujer de buenos modales y educada, pero nunca se animaba a entrar en los cotilleos a los que tan aficionadas eran la dueña del colmado y su amiga; era una persona muy discreta y, a decir de las otras, demasiado parca en palabras. Margalida, mientras tanto, miraba a Antonia y de reojo a la coca de peix que con hermosos trozos de sardina estaba sobre el mostrador. Y es que las cocas de sardinas le salían a la Catalina como a nadie, ella lo había intentado en numerosas ocasiones, pero no

lograba cogerle el punto de perfección que conseguía su amiga madó Catalina.

Recogió Antonia las vituallas, salió de la pequeña tienda y se encaminó calle arriba hacia su casa. Al salir, las otras dos, según su tradicional costumbre, empezaron a cotillear sobre la clienta que acababa de abandonar el colmado. "Pobre, parece mentira, con qué entereza lleva su desgracia", dijo Catalina. "Pues sí, la verdad es que es una pena, siendo aún tan joven, y que haya quedado tan pronto sin marido", aseveró madó Margalida; "otra ya se hubiera vuelto a casar, que va para más de diez años que su marido desapareció", continuó. "Pero ella le guarda la ausencia, claro, es que ellos estaban muy unidos, es una pena", remató madó Catalina.

Catalina notó que Margalida no dejaba de mirar cada dos por tres hacia la apetitosa coca que estaba sobre el mostrador. "¿Quieres un trozo, Margalida?" "Bueno, pero pequeño", contestó ésta sonriendo a su amiga. Mientras madó Catalina le cortaba un buen trozo de coca, ella concluyó: "parece mentira, la pobre Antonia, come por dos pero no engorda nunca". Catalina sentenció entonces, "no pasis pena Margalida, tanmateix", a lo que la otra, empezando a masticar ensimismada la coca de sardinas contestó: "Idó, y ponme dos ensaimadas que hoy me viene el nieto y ya sabes lo que le gustan". "Molt bé, dos ensaimadas para el Baltasar..."

EN C'AN JOAN

Jeroni se encaminó hacia la taberna, le apetecía tomarse una rasca con sus amigos para entrar en calor antes de salir a pescar al atardecer. "Bon día", dijo al entrar; "bon día" le contestaron al unísono sus amigos desde la mesa en la que estaban sentados. "Joan, ponme una rasca", dijo al dueño de la taberna. Era un buen sitio para pasar las horas más calurosas del día, pues permanecía su interior en sombras. Tras la barra, podía verse una maqueta de un llaüt, una enorme caracola y, a su lado, unas grandes y descoloridas fotos en sepia antiguas de un hermoso xabec de grandes velas latinas, con sus tres palos, fondeado en el puerto de La Habana, pues los antepasados de Joan habían emigrado a

Cuba a finales del siglo anterior, como tantos de la zona; luego habían decidido regresar a su isla para quedarse en ella definitivamente. Joan, que era el propietario de la única taberna del pueblo, en la que sus padres habían invertido sus ahorros y él había heredado, nunca había necesitado vivir de la pesca ni emigrar, pero conservaba aquellos nostálgicos recuerdos familiares, y si alguien le preguntaba, estaba encantado de contarle las aventuras y desventuras que habían pasado su padre y sus tíos al otro lado del mar. Frente a la barra había unas pocas mesas de madera con sencillas sillas donde los hombres del pueblo solían reunirse a tomar algo y echar unas partidas de dominó para matar el tiempo, sobre todo cuando el estado de la mar no les permitía salir a faenar en las tardes de invierno. Y allí contaban sus historias de pescadores en las que las capturas eran siempre mucho mayores que en la realidad y las olas mucho más monstruosas que las que nadie hubiera visto jamás.

"Uep Jeroni, com va". Jeroni se sentó a la mesa donde estaban sus amigos Xisco y Toni. "Qué os contáis", dijo mientras daba un primer sorbo a su rasca. "¿No te has enterado?", le preguntó el Xisco, "el Tomeu se va del pueblo". "¿Y cómo es eso?", preguntó el Jeroni. "Ayer cuando marchaste vino y le comenté al Joan que marcha a Ciutat, que le han nombrado no sé qué allí y que por fin va a poder salir del pueblo". "Pues ya era hora, que ése siempre ha sido un mal bicho", terció el Toni. "El más tonto del pueblo, y el más ruin, desde luego. Ya ves de lo que fue capaz con tal de trepar, por mí que se vaya y no vuelva". Joan carraspeó desde detrás de la barra, en ese momento, la silueta de Tomeu se hizo visible contra la luz del exterior. "Bon día, Joan", dijo el Tomeu entrando en la taberna. Jeroni y sus amigos emitieron un discreto "uep" a modo de devolución del saludo y se miraron entre ellos. Tomeu se dirigió a la barra y pidió al Joan algo de beber, acodándose en la misma con gesto algo chulesco. Xisco pareció retomar una conversación inexistente momentos antes. "Yo creo que es una llampuga gigante que se ha perdido y ronda por allí". Toni intervino, "¿una llampuga?, qué va, eso no es posible, ¿cuando has visto tú a una llampuga perdida?, tonterías, es un anfós, un anfós gigante, tan grande co-

mo un hombre, que eso sí es posible. “No sé lo que será –dijo Jeroni–, pero sea lo que sea, lo he de pescar, de hoy no pasa”. “Molt bé –dijo el Xisco–, si es una llampuga, nos la hemos de comer con pimientos”. “Ya, pero si no tienes razón y es un anfós, lo haremos con salsa”, remató el Toni. “Ya os contaré mañana si era llampuga o anfós”, contestó Jeroni. Xisco levantó la vista hacia la barra de la taberna, “Joan, pon otras tres rascas que vamos a echar la partida”, le dijo mientras con ambas manos mezclaba las fichas de dominó sobre la mesa.

EL DELATOR

A Tomeu le caían bastante gordos Jeroni y sus amigos, pero se tenía que aguantar, a fin de cuentas ellos eran del pueblo de toda la vida y él procedía de un pueblo de Valencia, por lo que no le gustaba entrar en discusiones para que le acabasen llamando foraster. Por fin podría salir de allí para ir a un sitio más a su medida. Llevaba más de diez años esperando que se le reconociesen sus méritos y lealtad con algún nombramiento en la capital que era donde pensaba que estaba su lugar y no en aquel pueblo de pescadores. Además, pocos amigos había hecho en el pueblo, pues la gente parecía desconfiar de él, aparte del trato interesado de Joan por ser cliente de su taberna, por lo que se sentía bastante aislado en aquel lugar. Así y todo, procuró beberse su coñac con calma acodado en la barra. Cuando lo hubo acabado, pidió un segundo coñac y siguió allí ojeando distraídamente un ejemplar de *El Correo de Mallorca* del día anterior que reposaba sobre el mostrador, mientras los otros jugaban su partida al dominó y tomaban unas rascas más.

“Adéu”, le dijo al Joan ignorando al Jeroni y su grupo, y salió del bar. Ya estaba cayendo la tarde y empezaba a refrescar. Se dirigió a su casa sin cruzarse con nadie por el camino dispuesto a hacer el equipaje, pues al día siguiente debía partir hacia Ciutat por fin. Pensaba en la vida que le esperaba allí, con todas las cosas que tenía la gran ciudad; bares, cafeterías, tiendas, cines, teatro..., nada que ver con el reducido universo donde había estado confinado tanto tiempo. Y un despacho, un hermoso despa-

cho con sillón y una secretaria, desde el cual poder ejercer su autoridad. Allí no le tratarían como a un apestado ni le rehuiría nadie, allí sería alguien y todos le mostrarían respeto. Por fin vería sus sueños cumplidos. Al pasar frente a la casa de Antonia vio cómo ésta le miraba con rostro serio a través de la ventana de la cocina, agachó la mirada, la desvió hacia el otro lado y aceleró el paso.

Una vez en su casa, se dirigió al armario y empezó a recoger su ropa. Un par de trajes, dos corbatas, otro par de camisas, y uno más de pantalones. Los dobló cuidadosamente antes de meterlos en la maleta. Cuando cerró la puerta del armario, se vio reflejado en el espejo de éste. Se atusó el fino bigotillo que tenía sobre el labio, al estilo de los artistas de Hollywood de la época, pensando que le quedaba mucho mejor que el pequeño bigote cuadrado que había lucido hasta 1945. Se pasó la mano por el pelo engominado para pegarlo aún más a su cabeza, “realmente soy un tipo con demasiada clase para estar en este pueblo perdido”, pensó. Y continuó recogiendo sus escasos bienes.

Los ancianos habían llegado casi a la vez al puesto de verduras, ella comprobó que él hubiera hecho bien el recado y comprado los piñones y las pasas, se dirigió a la señora del puesto y empezó a hacer el pedido; un manojo de espinacas, un buen manojo de perejil, dos tomates, otro manojo de cebolletas tiernas, unas patatas grandes y unos dientes de ajo. Ya lo tenían todo. Pagaron y lentamente se dirigieron a la salida.

LA SINGLADURA

Jeroni se levantó de la mesa. Ya eran suficientes rascas en el cuerpo y no podía salir a la mar con la cabeza nublada por el alcohol. “Adéu-siau”, les dijo a sus colegas. “Au Jeroni”, le contestaron al unísono ambos. “Adéu Joan”, hasta mañana. “Adéu-siau Jeroni, que haya buena pesca”, le contestó Joan. Salió de la taberna y enfiló con calma hacia donde tenía preparado el llaüt. Paró un momento en su casa, llenó de agua su botija, cogió del cajón su navaja, la bota de vino y se colgó del hombro la cesta donde llevaba las viandas por si le entraba hambre

durante la noche. Así cargado descendió por las calles del pueblo mientras se levantaba la suave brisa del atardecer. Llegó hasta la cala, se dirigió hacia la orilla donde estaba fondeado el llaüt, subió en él y aparejó los remos. Manióbró hábilmente y con unas pocas paladas alejó de la orilla el llaüt lo suficiente para izar la vela. Cuando la hubo trincado, se sentó a popa y empuñó la caña del timón. En unos momentos cazó suficiente viento como para que la gran vela latina se inflase y el llaüt salió lanzado en dirección a la isla. A medida que iba dejando atrás la tierra firme se iba sintiendo más excitado ante la perspectiva de la captura que le podía esperar esa noche.

Zarpó dejando a estribor la pequeña y redonda isla d'Es Pantaleu, situada enfrente de la cala, y enfiló hacia la gran isla que tenía a proa en dirección al Cap de Llebeig. El llaüt se deslizaba sobre las aguas sin otro sonido que el del viento en la vela y las olas que eran rotas por la quilla. Por fin llegó hasta la cala situada al sur de la isla bajo una antigua torre de vigilancia. Fondeó y lanzó sus aparejos de pesca tras cebar los anzuelos. Picaban alatxas, cap roig, aranyes, serrans... , nada más que pequeñas capturas que iban cayendo en la cesta, peix roquer, pero nada de pez gigante alguno, ni llampuga ni anfós. Recogió los aparejos de pesca, si había peces pequeños, no debía de haber ninguno grande por allí. Recogió el ancla y se puso de nuevo en marcha.

Navegó bordeando las paredes rocosas de la isla hacia el norte, y dejando a su espalda el Cap de Llebeitx, tomó dirección al Cap de Tramuntana. A la altura de Cala Cucó, decidió probar suerte de nuevo y volvió a echar los aparejos al agua. Empezaba a caer ya la noche y sintió algo de hambre. Abrió la tapa de la cesta de pita, sacó un trozo de queso y otro de pan, y se dispuso a comer algo mientras esperaba. Pero estaba claro que no iba a tener suerte, de nuevo picaron pequeños peces roqueros, muy sabrosos para comer, pero no lo que iba buscando. Echó un trago de la bota, se lio un cigarrillo y cuando hubo terminado, recogió de nuevo los aparejos y se dispuso a continuar, no pensaba volver al pueblo sin lograr su captura. Alejó el bote de la costa remando, volvió a izar la vela, y siguió su singladura de nuevo en dirección norte, hacia el Cap de

Tramuntana, mientras veía al otro lado del Freu las luces del pueblo, ya era noche cerrada y el aire era bastante fresco.

A la altura de Es Lladó fondeó de nuevo. Apenas se distinguían en la oscuridad las construcciones situadas al lado del pequeño puerto. La isla parecía una mole imponente que le ocultaba una buena parte del cielo nocturno, apenas algunos ruidos de pequeños animales moviéndose por la maleza rompían el silencio de la tierra. Echó de nuevo el ancla tras arriar la vela y comenzó de nuevo el ritual de preparar los aparejos cebando los anzuelos antes de lanzarlos al agua. "A este paso me voy a volver como vine", pensó mientras entrecerraba los ojos. Ya era de noche cerrada y decidió descansar un rato mecido con el balanceo que le daban al llaüt las pequeñas olas que llegaban a la resguardada cala, tras pasar el sedal por el lado del dedo gordo de su pie descalzo. Cerró los ojos imaginando coloridos peces tropicales, enormes peces espada y grandiosas chernas de las que su tío Jaume le había dicho que existían en el Caribe y se quedó apaciblemente dormido.

LA CENA

Cortó unas rebanadas de pan, frotó sobre ellas unos pequeños tomates de un racimo que colgaba en la pared, lo regó con un chorro de aceite de oliva, echó un poco de sal por encima y lo acercó a la mesa, luego sirvió un par de vasos de vino de Binisalem; "toma, te hará entrar en calor", dijo Antonia. Continuaron hablando en susurros mientras ella se ponía a preparar unas sopas.

Puso aceite en la cazuela de barro, cuando estuvo caliente echó la cebolla y el pimiento cortado a cuadros, y lo rehogó sin que se dorase. Añadió el tomate y las verduras cortadas en trozos no muy pequeños. Hizo sudar las verduras y añadió pimentón. Sazonó con sal. Añadió agua y dejó que se cociera todo. Una vez cocido comprobó el punto y sacó la verdura de la cazuela, dejando el caldo dentro. Puso las sopas de pan dentro del caldo y la verdura encima. Quedó el pan remojado hasta que empapó el caldo, y dejó reposar las sopas unos minutos antes

de servir las en la mesa para comerlas en la misma cazuela de barro en que habían sido preparadas. Cuando acabaron, se levantó de la mesa y se fue hasta la estantería donde guardaba lo comprado aquella mañana en el colmado; metió las viandas en una caja de metal con tapa redonda, un buen trozo de pan payés, una botellita con aceite de oliva, un trozo de sobrasada, otro de queso mahonés, una botella rellena con vino, una ristra de tomates pequeños y un cucurucho de papel de estraza con unas olivas. “Algún día esto tiene que terminar –sentenció Antonia–, no podemos seguir así eternamente”.

LA PESCA

Le llegó un chapoteo que procedía de enfrente del llaüt. Se despertó rápidamente y sus músculos se tensaron como movidos por un resorte. Era un ruido propio de un animal de gran tamaño, al final iba a ser verdad que por allí rondaba un pez gigantesco. Sigilosamente se movió hacia proa y cogió la red. El enorme animal parecía acercarse en su misma dirección y él contaba con el amparo de la oscuridad. Cogió silenciosamente el rai, y lo sujetó para lanzarlo en dirección al gran pez tras introducir la mano por la manija de sujeción. Aguantó la respiración agazapado y esperó a que la pieza se acercase aún más al llaüt. Cuando sintió que ya estaba lo suficientemente cerca, se incorporó, giró sobre sí mismo y lanzó la red hábilmente hacia el sitio del cual procedía el chapoteo.

Había acertado con total exactitud, el rai se hundió por el peso de las plumas envolviendo al monstruoso animal. Tiró de la manija, y notó una enorme resistencia. El monstruo debía de ser enorme y se revolvía furioso atrapado por la red. Por un instante dudó de que pudiera con tal pieza, pero llenó sus pulmones de aire, tensó sus músculos y tiró con todas sus fuerzas. “Es tan grande como un hombre”, pensó Jeroni, mientras combatía mano a mano con el gigantesco animal, “¡pero lo he pillado!” No sabía de llampuga o anfós que le hubieran opuesto nunca tal resistencia.

Logró acercarlo al llaüt y subir la red a bordo con la

pieza revolviéndose atrapada en su interior. Echó mano de una cabilla a fin de propinarle al animal un buen porrazo en la cabeza que lo inmovilizase. Cuando descargó el golpe, oyó lo que nunca hubiera esperado oír de la boca de un pez, fuera llampuga o anfós; del amasijo de redes salió un sonoro “¡Ay collons!” que hizo que Jeroni diera un paso atrás quedando sentado en la bancada central del llaüt. No podía creer lo que estaba pasando y se preguntó si se había despertado o aquello era parte de un sueño. Entre las redes del rai, distinguió un par de ojos que le miraban, primero con una expresión de temor que se transformó en unos instantes en mirada de asombro. “¡Coño, Jeroni, que me matas!”, dijo su captura con una voz que le era conocida.

Jeroni no daba crédito a lo que estaba pasando, encendió la linterna y la acercó hacia el ser que recién pescado le miraba a los ojos. “Que soy yo Jeroni, que soy yo”. Le miró con más detenimiento. “Collons, Cristino, ¿pero de verdad eres tú?” “Anda, sácame de aquí y no me vuelvas a dar un garrotazo o te lo devuelvo, Jeroni”. Deshizo el embrollo de la red y pudo ver su captura. El Cristino, con un pantalón corto, llevaba a sus espaldas una redecilla dentro de la cual había una gran lata metálica con una tapa redonda de las que encajaban a presión en la boca de la misma. “Pensé que pescaba un anfós y he ido a pescar un cabrit”, dijo Jeroni. Se dieron un abrazo de viejos amigos que se reencuentran sin esperarlo. “Uep Cristino, cuánto tiempo, ya te dábamos por muerto”.

“Ya lo sé, lo sé. Cuando vinimos de Cabrera, los otros decidieron volverse, pero yo me quedé..., creo que no notaron ni siquiera mi ausencia. Es que es mi pueblo, y prefería quedarme por aquí, ¿sabes? Además, si me encuentra el Tomeu, no sé qué sería de mí”. “¿El Tomeu? –dijo Jeroni–, por ése no te preocupes, mañana se va para Ciutat, según dice le han nombrado para un cargo allí, y no creo que vuelva jamás por el pueblo”. Cristino quedó pensativo, reflexionando si ya era hora de dejar por fin su escondite. “¿Quieres comer algo Jeroni?”, le dijo, mientras abría la lata que estaba en la redecilla. “Bueno –le contestó el Jeroni–, ya que no he de comer anfós en salsa, que al menos me dé de comer el anfós”. Cristino sacó las viandas que llevaba en

el hermético recipiente. Sobrasada, queso, algo de pan, unas olivas, una pequeña frasca con aceite, una botella de vino y una bola de papel arrugado en la que guardaba sal.

Se sentaron ya con calma a comer. Jeroni no pudo contener su curiosidad, “oye Cristino –le dijo–, ¿y qué le vas a contar a la Antonia cuando vuelvas?, ella te da por desaparecido hace ya más de diez años”. “Hombre, Jeroni, ¿pero te crees que la Antonia no lo sabe?, ¿no te creerás que nado por deporte, eh? Lo que pasa es que la Antonia, ahí donde la ves, es muy lista”. Jeroni asintió con la cabeza en silencio. Poco antes del amanecer, Cristino saltó hacia la orilla, y emprendió el camino de vuelta hacia Na Popia pasando por Es Coll Roig y perdiéndose en las sombras de la noche. Antes de difuminarse del todo en la oscuridad le dijo a Jeroni, “sólo te pido una cosa amigo..., que me conserves el secreto”. Jeroni se quedó dándole vueltas a la cabeza hasta que empezó a amanecer. Aparejó de nuevo la vela y emprendió el camino de regreso.

EL SECRET D'EN CRISTINO

Navegó de vuelta hacia el pueblo, alejándose de la isla, cruzó Es Freu, dejó a babor Es Pantaleu y fondeó el llaüt en Es Geperut, a pocos metros de la orilla. Saltó del barco dirigiéndose a la cala, sacó la carta de su tío Jaume del bolsillo en la que le invitaba a irse a un lugar llamado Batabanó en la lejana Cuba para ayudarle en la pesca de la esponja. Se le acercó un chaval de unos 14 años: “¿cómo ha ido la pesca?”, le preguntó con curiosidad; mal –le contestó Jeroni...–, he pasado mucho miedo esta noche, estaba fondeado con los aparejos echados cuando se me ha cruzado una enorme silueta negra que navegaba sin hacer ruido, me he agachado y cuando ya pasaba de largo he podido ver su nombre en la popa..., era El Martinica, el barco del diablo, un antiguo barco de vela que navega con toda su tripulación muerta..., y me he quedado allí escondido hasta que ha salido el sol y me he vuelto, no había pasado tanto miedo en mi vida”. El chaval estaba lívido pensando en el horripilante encuentro de Jeroni en medio de la noche, se despidió de él y marchó

hacia el pueblo en dirección a la casa de su abuela. Lio un cigarrillo de picadura, echó un último vistazo a su llaüt y emprendió calmamente el camino por la empinada calle del pueblo mientras pensaba. A la altura de la casa de Antonia, llamó a la puerta y esperó a que ella asomase. “Hola Antonia, he de marchar en un par de días, marcho a Cuba. ¿Me podrías cuidar el llaüt, mientras esté fuera?” “Es clar que sí Jeroni, pero... no sé si yo sola voy a poder”. Jeroni la miró a los ojos, ¡sí que era lista y discreta la Antonia! “Mira Antonia, si tú sola no puedes, dile que te ayude al Cristino, y así al menos podrá ir y venir seco cuando viene a verte”. “Idó, Jeroni, se lo diré. Gracias y bon viatge”. “Adéu Antonia, cuida d'en Cristino”, le dijo Jeroni saliendo de la casa..., allí, en un sitio perdido en el Caribe, nadie le iba a preguntar por el Cristino y podría estar seguro de guardar su secreto..., el secret d'en Cristino.

EPÍLOGO

Salieron el par de ancianos al exterior del Mercado de Pere Garau, aún estaban los puestos del mercadillo y él empezaba a sentir hambre y la acuciante necesidad de ir a casa y comer de una vez. Ella, sin embargo, no dudaba en detenerse en los puestos de ropa para ver si encontraba algo que le gustase, con lo cual aumentaba la impaciencia del anciano. Finalmente no pudo aguantar más: “venga Antonia, que a este paso llegamos a casa a la cena”, “qué impaciente eres Cristino –le contestó ella–, de joven no eras tan gruñón”, pero finalmente accedió y emprendieron lentamente el camino a su casa, perdiéndose discretamente por las calles de Palma entre la multitud de sonrosados turistas con sus llamativas y coloristas indumentarias.

Nota:

Anfós: mero

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por los autores de este cuento es el **Mercado de Pere Garau (Palma de Mallorca)**.